

La construcción de identidad en hijos/as de exiliados/as políticos/as chilenos/as

The construction of identity in children of Chilean political exiles

Nicolás Espina Bocic¹ & Aline Sanhueza Comte²

La identidad está en continua construcción, pero en el caso de los hijos/as de exiliados/as políticos/as se complejiza por el contexto de dualidad existente entre la experiencia de vida en el extranjero y la llegada a Chile, allí se enfrentan a dificultades culturales entre el sentir propio, el de sus progenitores y el de los otros. De tal forma, la presente investigación tiene el objetivo de comprender el proceso de construcción de identidad de estos jóvenes. La exploración se realiza desde una mirada cualitativa, con entrevistas en profundidad que permiten descubrir el proceso a través de las narraciones biográficas y el sistema de significados de aquellos.

Se concluye que la experiencia identitaria está asociada al sentir familiar, nacional, social, la ideología, entre otros, en una articulación en base de la reflexión que lleva a un auto reconocimiento actual, permitiendo una sensación de comodidad en la dualidad.

Palabras Claves: Identidad, Exilio político, Hijos/as.

The identity is in continuing construction, but in the case of the children of political exiles people it becomes more complex by the duality context abroad and on arrival in Chile, where faced with the culture difficulties between their own feelings, their parents and others. Therefore, this research aims to understand the process of identity building in children of Chilean political exiles. The research is performed from a qualitative view, with in-depth interviews that reveal the process through biographical narratives and the system of meanings.

We conclude that identity is associated to family, domestic and social emotions, ideology, among others, based on a joint reflection leading to a current auto recognition, allowing a sense of comfort in duality.

Keywords: Identity, political exile, son

Recepción del artículo 11 de enero 2016. Aprobación del artículo 20 Junio 2016

¹Docente Escuela de Psicología. Universidad de Las Américas. Psicólogo Universidad de Valparaíso. Correo electrónico espinabocic@gmail.com

² Psicóloga. Universidad de Las Américas. Psicóloga Clínica. Correo electrónico asanhuezaco@gmail.com

Introducción

Desde el enfoque sociocultural, la identidad se constituye colectivamente en base a la construcción narrativa dentro de las redes sociales. Jerome Bruner (1991) declara que no se puede comprender al hombre sin tener en cuenta la cultura en la cual está inserto. Para él lo que más importa en la psicología es la significación, cómo se construyen los significados y, por tanto, de cómo se crean y se negocian con el contacto de una comunidad, representada por un simbolismo compartido. Este modo simbólico no sólo es compartido por tal comunidad, sino conservado, elaborado y pasado a generaciones sucesivas que, a través de esta transmisión, continúan manteniendo la identidad y forma de vida de la cultura, como una actividad humana fundamental.

Comprendiendo entonces que la cultura es fundamental en el desarrollo identitario, ¿Qué sucede cuando un ser humano está inserto en una cultura que no es reconocida como suya?

Ser extranjero es un estado que acarrea varios fenómenos que transforman y desestructuran la identidad, en una permanente lucha entre integración a la nueva cultura y lealtad al país de origen. (Esteban, 2002)

Cabe reflexionar más allá entonces, ¿Cómo se construye la identidad cuando se habla de segundas generaciones de inmigrantes, e inclusive en hijos/as de inmigrantes que nacen en el extranjero, que son reconocidos como inmigrantes y sin embargo nunca han emigrado?

Los hijos/as de inmigrantes parecen condenados a ubicarse en un “entre dos”, entre dos países, dos culturas, dos idiomas, incluso, a veces, entre dos religiones. Lo cierto es que, a fuerza de encontrarse en un espacio indefinido, estos acaban siendo invisibles, no “contables” en ninguno de los territorios de pertenencia. (Hadj, 2008)

En el caso de la migración forzada sucede un fenómeno más complejo aún, pues el fenómeno de idealización de la cultura de origen se potencia, existe un estado de paso permanente que no permite la integración a la nueva cultura, y surgen otros fenómenos a estudiar que afectan a las segundas generaciones (Equipo de Denuncia, Investigación y Tratamiento al Torturado y su Núcleo Familiar, 1989).

Comprendiendo la gran cantidad de exiliados, que involucró a tres generaciones de chilenos, la de los exiliados/as, sus padres y/o madres, y sus hijos, y que sus efectos son

una realidad cercana a una cifra importante de chilenos/as (Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas, FASIC; citado por Rebolledo, 2005), el presente artículo reúne los resultados de un estudio que buscó comprender el proceso de construcción de identidad en hijos/as de exiliados/as políticos/as chilenos/as.

Luis Roniger (2011) explica que en el tiempo el exilio ha tenido dos variantes, voluntario y forzado. Es voluntario cuando las condiciones sociales, políticas, religiosas o económicas llevan a la determinación del autoexilio por temor repercusión o represalias. Y el forzado, conocido como destierro, es producto de determinaciones legales o arbitrarias de la administración política de turno o vencedora. Sea como sea el exilio político es el alejamiento obligado impuesto o voluntario que se da cuando no están garantizadas las libertades personales. Esta práctica de control político y cultural, fue adoptada por regímenes autoritarios de todos los estados latinoamericanos a lo largo de 200 años de vida independiente.

Sobre el exilio en Chile, la Biblioteca Nacional de Chile, en el centro de recursos digitales “Memoria Chilena”, ha concluido que históricamente ha tenido un carácter fundamentalmente político y se ha institucionalizado en el sistema legal chileno como pena a delitos contra la patria, traición, conspiración o sublevación. Sin embargo, fue durante la dictadura del General Augusto Pinochet (1973-1989), cuando salió de Chile el mayor número de exiliados/as políticos/as de la historia de Chile.

José del Pozo (2004) señala que el golpe de Estado instauro cambios en el exilio en relación al pasado, pues la salida de chilenos/as al exterior adquiere caracteres masivos. Otros elementos nuevos son que la salida afecta a gente de diversas clases sociales, provenientes de todo Chile, salen en familia y se dirigen a variados países.

En Chile no existen cifras precisas del número de exiliados/as producto de la dictadura militar de 1973, pero la información de diversas instituciones permite estimar en 1.600.000 personas. (Equipo de Denuncia, Investigación y Tratamiento al Torturado y su Núcleo Familiar, 1989).

Se reconoce que el exilio es siempre una experiencia traumática, pues se le fuerza a la persona a dar un paso que cambiará radicalmente su existencia. Cualquiera sea la condición el expatriado se enfrenta a un quiebre en su proyecto de vida, donde hay una pérdida del espacio familiar, social y cultural en el que se desarrolló; implicando una adaptación obligada a un medio nuevo ni siquiera imaginado, el aprendizaje de un nuevo idioma, y tratar de compenetrarse y comprender el nuevo entorno en el que se encuentra inmerso (“Aspectos psicológicos del destierro”, 2004).

En la investigación de Rebolledo (2012) se concluye que los problemas psicológicos y de salud mental que se asocian a los/as refugiados/as y exiliados/as no fueron ajenos a los chilenos/as. Había una sensación de derrota y despojo y se sumaron los efectos de la tortura y la prisión que se manifestaron en la forma de depresiones y angustia en los exiliados. Se compartía un sentimiento de desarraigo, sensación de que sus vidas habían quedado escindidas, una parte en Chile, a donde volverían lo más pronto posible, y la otra en el país de llegada, que se veía como un lugar de paso, creándose una sensación de transitoriedad.

En una primera etapa, ya sea por disposición de los gobiernos que recibieron o por propia voluntad de los exiliados/as, se concentraron en ciertos barrios y conglomerados habitacionales, lo que facilitó la creación y funcionamiento de comunidades compartiendo un mismo espacio y un cotidiano, enviando a los hijos/as a los mismos colegios, encontrándose en las mismas plazas y lugares de recreación, auspiciando el surgimiento de una conducta de ghetto y dificultando, en una primera etapa, la integración al país de acogida. (Rebolledo, 2005)

Otra serie de cambios vividos en la vida y en el cotidiano de los exiliados/as fue el cambio de clima, las estaciones invertidas, la dislocación de las horas de luz, el cambio de una sociedad subdesarrollada a una desarrollada o bien a países socialistas o más pobres del tercer mundo. No obstante, el cambio más fuerte, y que los interpeló de manera más frontal en su identidad, fue el de las diferencias culturales, frente a las cuales existió la opción de defenderse enclaustrándose en su cultura o abriéndose a las nuevas ideas, comportamientos y formas de ser que se les presentaban. Se estima que el grueso de los exiliados/as tenía un promedio de 35 años de edad, y los que no salieron

casados/as, en el exilio tendieron a formar parejas y a tener hijos/as que nacieron en el país de acogida y pasaron su infancia allí sin conocer ni haber vivido jamás en Chile. (Rebolledo, 2012)

El día 1 de septiembre de 1988, por medio de un decreto del Ministerio del Interior se puso fin al exilio, dejándose sin efectos todos los decretos, en virtud de las atribuciones conferidas por el Artículo 41 N° 4 de la Constitución Política de la República.

Rebolledo (2005) explica que la decisión del retorno a Chile produjo separaciones familiares cuando uno de los miembros de la pareja o los hijos/as no quisieron regresar a Chile y plantearon su decisión de quedarse en el país de acogida. Esto acarreó a la paradoja del exilio chileno, caracterizado por ser familiar, pero cuando el retomo fue posible, esta se transformó en el factor de disgregación familiar, de separaciones de parejas, de padres y/o madres e hijos/as. Además los retornados se vieron enfrentados a dificultades habitacionales, con la familia extensa, la falta de trabajo, la inseguridad económica y diferencias culturales.

Larraín (2001), señala que la identidad no es una esencia innata dada sino un proceso social de construcción, y propone que los elementos constitutivos son tres: En primer lugar explica que los individuos se definen a sí mismos, o se identifican con ciertas cualidades, en términos de ciertas categorías sociales compartidas. En la formación de las identidades personales los individuos comparten algunas lealtades grupales o características como la religión, género, clase, etnia, profesión, sexualidad, nacionalidad, que son culturalmente determinadas y contribuyen a especificar al individuo y a su sentido de identidad. Por lo tanto la cultura es uno de los determinantes de la identidad social, y en la modernidad las que tiene mayor influencia son las identidades de clase y nacionales.

En segundo lugar, Larraín (2001) señala que esta el elemento material, que citando a William James, incluye el cuerpo y otras posesiones capaces de entregar elementos vitales de autoconocimiento al sujeto. Es decir, las cosas materiales hacen pertenecer o dan el sentido de pertenencia en una comunidad deseada. En tercer lugar, la construcción

de la identidad supone la existencia de los otros, ya sea en el sentido que los otros son aquellos cuyas opiniones acerca de nosotros se internalizan, como también son aquellos con los que nos diferenciamos. En este sentido, el sujeto se define en términos de cómo lo ven los otros, pero que son significativos. En un principio los padres y/o madres son los otros más significativos, pero más tarde una gran variedad de otros comienza a operar. En otras palabras, la construcción de la identidad es un proceso intersubjetivo de reconocimiento mutuo.

Iñiguez (2001) señala que la identidad se experimenta en el contexto social de nuestras relaciones, donde es necesario tanto una identificación con quienes nos rodean como una diferenciación. La identificación nos garantiza la seguridad de saber quiénes somos y la diferenciación nos evita confundirnos con los demás.

En Chile, Larraín (2010), señala que el régimen militar ocupó la agresividad y hostilidad y pasó a la tortura e eliminación física del otro, que se volvió derrotado, considerándolo así como no parte de la comunidad. Esta exclusión se extendió también de modo físico a los que se les desterró, privándolos de regresar, sin pasaporte y se les privó de la nacionalidad. Destaca que nada atenta más contra el sentimiento de lealtad propio de una identidad que algunos de los ciudadanos/as dejen de ser considerados parte de la comunidad o su integridad física no sea respetada y sus derechos sean sistemáticamente desconocidos. Al ubicarlos fuera de la comunidad, se les niega un sentido de mínima fraternidad.

Tajfel, (1981, p. 214 citado en Iñiguez, 2001) define la identidad social como la conciencia que tenemos de pertenecer a un grupo o categoría social, unido a la valoración de dicha pertenencia. La valoración, según sea positiva o negativa, sustenta respectivamente una identidad social positiva o negativa.

Respecto a las identidades nacionales Larraín (2010) señala que expresan un sentimiento de unidad, lealtad recíproca y fraternidad entre los miembros de la nación y por otro, se manifiestan en una pluralidad de los discursos que construyen una narrativa acerca de la nación, su origen y su destino. Estos relatos se refieren no sólo a lo que son o han sido, sino también a lo que quieren ser; es decir, no se constituyen solo en el pasado remoto, son también en un proyecto de futuro. Por lo tanto, las identidades nacionales no son inmutables, se construyen en el tiempo y van cambiando.

Por su parte, Bruner (1991) propone que el concepto fundamental de la psicología humana es el significado y los procesos de transacción que se dan en la construcción de significados. Esta convicción se basa en que para comprender al ser humano es preciso comprender cómo sus experiencias y sus actos están moldeados por sus estados intencionales; y la forma de estos estados intencionales sólo puede plasmarse mediante la participación en los sistemas simbólicos de la cultura. Nuestras vidas resultan comprensibles a nosotros y a los demás en función de estos sistemas culturales de interpretación. En virtud de su articulación en la cultura, el significado adopta una forma que es pública y comunitaria en lugar de privada o autista. Aunque los significados están en las mentes tienen sus orígenes y significados en la cultura en la que se crean. Es este carácter situado de los significados lo que asegura su negociabilidad y en último término su comunicabilidad.

En este sentido, la memoria colectiva tiene participación, pues conlleva la comprensión que para una sociedad existe del sí mismo. Su continua elaboración y reelaboración asegura simultáneamente en cada interacción el mantenimiento y el cambio de las subjetividades identitarias. Es decir, la identidad no puede entenderse al margen de las interacciones entre las personas a lo largo del tiempo en un contexto cultural determinado, pues es fruto directamente de ellas. (Iñiguez, 2001).

La memoria no es una reconstrucción estática de los hechos de pasado, sino una construcción colectiva, es un proceso permanente de interpretación de los acontecimientos que fueron y pudieron ser. Es una práctica social donde todos participan, ya que la memoria se construye con nuestras reflexiones, diálogos cotidianos, fantasías, narraciones del pasado, entre otros. Al momento que se interpreta el pasado se construye. (Garcés et al. 2000)

Bruner (1990, p. 18 citado en Galicia, 2005) propone a la narrativa como una alternativa para estudiar la identidad, como construcción social. Este concibe a la narración como un modo de pensar y sentir para crear una versión del mundo y encontrar un sitio para sí mismos, la narración se convierte en un instrumento de la mente al servicio de la creación del significado (Bruner, 1991).

Esteban (2006) se refiere que la migración es una experiencia potencialmente traumática, donde la crisis de identidad es clara y evidente, pues cuando el sujeto se

encuentra en una sociedad ajena y cuando su propia identidad sufre un resquebrajamiento, ya no le es útil como antes. Los paradigmas, la visión del mundo han cambiado, entonces el individuo percibe y experimenta dolorosamente que su identidad, sus valores, los que le identifican y le ayudan a sobrevivir, ya no le sirven. Aquí es cuando se produce la crisis que conlleva posteriormente, en el mejor de los casos, a una reconstrucción de la identidad.

En el exilio político, frente a la derrota e inseguridad que significaba vivir fuera de Chile, los exiliados/as construyeron en un comienzo una nueva identidad, donde lo central era la política. El retorno fue para los exiliados/as políticos/as el proyecto de vida desde que salieron, por lo que desde el comienzo se empeñaron en no perder su cultura y transmitirla a sus hijos/as, así como introducirlos en la historia pasada y reciente chilena. En la preservación de la cultura a nivel cotidiano la familia jugaba un papel central, tanto la familia nuclear como la familia sustituta de amigos/as exiliados/as que suplieron los roles de la familia extensa ausente. Todos se preocuparon de transmitir un imaginario de Chile a los niños/as, a través de relatos y anécdotas, mientras las madres reforzaron el vínculo con la familia que quedó en el país, a través del envío de cartas, fotos y audios. En algunos casos, la amenaza de la aculturación era más fuerte, por la eventual pérdida de lengua materna, lo que promovió la creación de escuelas que enseñaban castellano e historia. (Rebolledo, 2012)

Castillo y Piper (1997) explican que la mayoría de los hijos/as de exiliados/as la integración al país de acogida fue más fácil que para sus propios padres y/o madres. La escuela, el barrio, los amigos/as del país de exilio se constituyeron en sus grupos de pertenencia a través de los cuales hicieron suya esa cultura. En este caso, el proceso de desarrollo de la identidad se lleva a cabo en el marco de una pertenencia fragmentada, sin embargo esto no se constituye en algo necesariamente problemático.

La inmigración siempre altera la identidad cultural, pero, en el caso de los hijos/as de inmigrantes, la identidad está en constante proceso de construcción, en realidades que a veces ni son coherentes, pero que responden a una necesidad visceral de reconocimiento cualquiera que sea su procedencia. Resulta irónico que la extranjería se

hereda. Los inmigrantes nunca dejan de ser extranjeros/as y los hijos/as de estos deben convivir, a su vez, con ese estigma. Si los hijos/as reciben la nacionalidad del país en que viven e incluso en el que nacieron, se vive como una traición al deseo de retorno, y además se puede ver enfrentado a la incoherencia identitaria, por la posible diferencia entre la documentación y mirada de los otros en el caso que existiese diferencia racial. (Hardj, 2008)

Con el transcurso de los años, la separación entre los proyectos de vida de los padres y/o madres, y de los hijos/as se profundiza. Los adultos conservan la memoria de un pasado distante, pero propio; los niños/as y adolescentes han crecido integrándose a un modelo de sociedad diferente de un modo más o menos conflictivo, pero del cual se sienten parte. (Equipo de Denuncia, Investigación y Tratamiento al Torturado y su Núcleo Familiar, 1989)

Respecto a la memoria creada, Rebolledo et al. (1999) exponen que el Chile recordado no era el Chile real, era el país de la ensoñación, congelado en una memoria nostálgica, un lugar perdido temporalmente que se esperaba recuperar al regreso. Finalmente el tiempo detenido en la memoria no puede integrar los cambios transcurridos durante el exilio que no fueron experimentados directamente. Esto recién se comprueba cuando los exiliados/as comienzan a retornar al país, donde el Chile real no logra ser asimilado dentro de la cartografía creada sobre el país mitificado, lo cual evidencia brutalmente que el tiempo de exilio no fue un tiempo petrificado en su circularidad. Para el resto de los chilenos/as el tiempo había sido lineal.

Castillo et al. (1997), señalan que en el retorno los exiliados/as se encuentran con que el conjunto de la sociedad, incluidas las personas que fueron parte de su mismo conglomerado socio-político, reciben su retorno con recelo, crítica y desconfianza. Perciben que el país ha cambiado profundamente durante su ausencia, la sociedad está fragmentada, con un movimiento político desarticulado, con una familia que los recibe en forma ambivalente. El encuentro con esta realidad, muy diferente a la soñada, así como la necesidad de reelaborar experiencias traumáticas y la paradoja de tener que readaptarse a su propio país, constituyen experiencias de confrontación y fragmentación que generan vivencias contradictorias.

El encuentro con Chile para los hijos/as está revestido de contradicciones, la pérdida del referente identitario, de la comunidad que sustenta la vida en el exilio y la constatación de que lo relatado es si no irreal, al menos abstracto, produce que el retorno sea de alguna manera el inicio de la experiencia del exilio de manera individual para las personas que salieron del país siendo niños/as o que nacieron fuera de Chile, ya que con anterioridad, el exilio había sido una experiencia que como acontecimiento fue más significada a través de la experiencia de los padres y/o madres. Así se constata un desajuste entre lo narrado y lo encontrado, lo que provoca que Chile se viva como el país de los padres y/o madres, y no como el propio. Para la primera generación el golpe de estado es el acontecimiento que divide el tiempo, siendo el fin del Chile de la niñez; y para la segunda generación el retorno marca este hecho puntual, generándose una “experiencia común” a todos los/as hijos/as de retornados, que es la extranjería. (Rebolledo et al, 1999)

Acuña (2001) explica sobre la segunda generación de exiliados que por un lado se marginaliza su experiencia y por otro, está el tema de la transmisión de la memoria, entendiendo que hay una generación que posee el sentido del pasado y que lo transmite. No existe un reconocimiento social de sus experiencias como segunda generación, cuanto más se lo ha consignado como un problema psicológico, como trauma o desadaptación; lo que ocasiona una dificultad para construir referentes identitarios colectivos.

Método

En la presente investigación se asumió una postura epistemológica hermenéutica interpretativa pues el interés de saber era la comprensión, de ahí es que se necesitaba construir un sentido, que se sustentaba epistemológicamente en la hermenéutica (Valles, 1999).

Considerando que el objetivo de la investigación cualitativa era la comprensión centrando la indagación en los hechos, pues se pretendía la comprensión de las complejas interrelaciones que se dan en la realidad; y que el estudio de la identidad de hijos/as de exiliados/as políticos/as chilenos/as parte del supuesto básico de que el

mundo social es un mundo construido con significados y símbolos, es que se utilizó la metodología cualitativa (Olabuénaga, 2003).

Participantes

La población de estudio se enmarcó en la delimitación de la pregunta de investigación, es decir en hijos/as de exiliados/as políticos/as chilenos/as. Entendiendo como exiliados a sujetos que se alejaron del país por motivos políticos, en forma impuesta o voluntaria porque las libertades personales no estaban garantizadas por el régimen gubernamental.

Se trabajó con un muestreo no probabilístico, “muestreo por avalancha” y los criterios de inclusión para la selección intencional consideraron que fueran descendientes en primera generación de exiliados/as políticos/as de nacionalidad chilena. La muestra incluyó hijos/as de exiliados/as que llegaron menores de 18 años al país de asilo e hijos/as que nacieron en el extranjero, y que incluyeran géneros femenino y masculino.

Considerando los criterios de inclusión y el principio de saturación, se realizó la investigación en base a un universo de seis entrevistados. Los datos de género, edad, especificaciones del exilio y país de residencia actual de los participantes se describen en la Tabla N° 1

Tabla 1.

Datos de Muestra.

N	GÉNERO	EDAD ACTUAL	EDAD DE EXILIO	PAÍS DE EXILIO	EDAD DE RETORNO	PAÍS ACTUAL
1	Femenino	35 años	Nacida en el exilio	Suecia	8 años	Chile
2	Masculino	49 años	8 años	Austria, Mozambique, Suecia, Portugal	15 años	Chile
3	Femenino	44 años	5 años	Venezuela	15 años	Chile
4	Femenino	38 años	Nacida en exilio	Alemania	20 años	Alemania
5	Masculino	39 años	Nacido en exilio	Rumania, Venezuela, Suecia	17 años	Chile
6	Masculino	46 años	6 años	Brasil, Suecia, Dinamarca	23 años	Israel

Nota: Detalles de género, edad y país residente actual del universo investigado, y especificaciones de edad y país de exilio y retorno.

Instrumento

Buscando la proximidad con el informante se utilizó el instrumento cualitativo de la entrevista en profundidad. Se entiende por entrevista en profundidad encuentros cara a cara entre el investigador/a y los informantes, dirigidos hacia la comprensión que tienen los entrevistados/as de las perspectivas respecto a sus vidas o experiencias, tal como las expresan con sus palabras. Esta sigue el modelo de una conversación entre iguales, y no un intercambio formal de preguntas y respuestas. Primero se debe establecer un rapport, luego realizar preguntas no directivas y aprender que es importante para los informantes antes de enfocarse en los intereses de la investigación. El tipo de entrevista en profundidad que se utilizó se basa en la historia de vida, donde el investigador/a trata de aprehender las experiencias destacadas de la vida de una persona y las definiciones que esta aplica a tales experiencias (Taylor & Bogman, 1987)

Análisis de la información

En la práctica tanto la recogida de información como el análisis se efectuó de manera circular y alternativa. Se realizó un guión de la entrevista a aplicar y un proceso de registro de cada entrevista en profundidad que fue grabada en formato audio. Se efectuó análisis de contenido, técnica para leer e interpretar el contenido de toda clase de documentos que en este caso fue la transcripción de la entrevista para un análisis posterior.

Se siguieron los pasos propuestos por Cáceres (2003), para el procedimiento de análisis de contenido cualitativo, reformulando y enriqueciendo la técnica de análisis basado en algunas propuestas de Mayring (2000) sobre el análisis de contenido tradicional y del enfoque del método comparativo constante de Glaser y Strauss (1999).

Procedimiento

En la presente investigación, el primer paso fue contactar de manera personal a un sujeto que cumpla con los criterios de inclusión. Se le explicó al elegido/a los objetivos y el contexto del estudio para finalmente invitarlo a colaborar.

El siguiente paso fue fijar una cita para la entrevista en profundidad, donde se pretendió conversar íntimamente sobre su experiencia de vida, su calidad de hijo/a de

exiliado/a, sus vivencias en otras culturas, visión de vida, percepciones, creencias, identidad, entre diversos temas que fueron surgiendo en el relato de su historia de vida; con el fin de conocer su visión y construcción de identidad como hijo/a de exiliado/a político/a, y reflexionar sobre el tema.

Toda entrevista realizada se procedió a transcribir, simultáneamente al desarrollo de otras entrevistas en curso, y se fue realizando análisis de contenido con el material transcrito. El análisis se realizó a partir del marco teórico expuesto, donde se tomó en cuenta la perspectiva de Bruner sobre el proceso de significación y la narrativa, definiciones de identidad, y además de la memoria colectiva en la construcción de identidad. Se observaron temáticas recurrentes, contexto, se establecieron reglas de análisis y códigos de clasificación para finalmente integrar los resultados obtenidos en un análisis reflexivo que permitió las inferencias.

Validez y Confiabilidad

Flores (2009) explica que la fiabilidad en la perspectiva cualitativa es compleja debido a la particularidad de los fenómenos estudiados, pero se intenta solucionar a través del control del estatus del investigador/a, la selección de los informantes, los contextos de la entrevista y el método y generación de la información. Durante la entrevista en profundidad se utiliza un guión de entrevista, que al final de la conversación es revisado para resguardar la confiabilidad.

En el análisis de contenido se establecen reglas de análisis y códigos de clasificación para fortalecer los criterios de calidad de la investigación de acuerdo a lo propuesto por Cáceres (2003).

La validez se comprobó a través de la validez teórica (Flores, 2009), donde se constató la congruencia entre el sustento teórico planteado y la evidencia sustancial. Así mismo, se aplica un proceso de saturación, que revisa y repite nuevamente los pasos ejecutados en el análisis de la información, a fin de comprobar que los resultados se mantengan. Para alcanzar la confirmabilidad o neutralidad se utilizan procesos

mecánicos de registró como la grabación de audio y se realiza la transcripción textual de la entrevista.

Discusión

La narrativa de los hijos/as de exiliados/as políticos/as chilenos/as comienza con el golpe de estado, que es significado como un quiebre en la historia familiar, desde ese momento cambia el rumbo en asociación a un ambiente de peligro, terror y dolor. Sucede entonces, un cambio dramático en la percepción de la seguridad que vivían y se pierde de cierto modo la tranquilidad e inocencia.

“...recuerdo que estaba lleno de tanques y camiones, jeeps, igual como los que yo tenía de juguetes y eso fue lo que le dije a mi mamá, que allá abajo habían tanques y jeeps “igual como los que yo tengo de juguete” le dije a ella. Y era temprano en la mañana y... mi mamá estaba bañando a mi hermano pequeño en la tina y recuerdo que lo toma en la toalla, me lo entrega y me dice “no lo sueltes” y da un grito ella, fuerte y empieza a llorar.” Shai

En este aspecto se coincide con Rebolledo (2012), respecto a que la dictadura es el hito que cambia el destino de los desterrados. Y en consecuencia con el exilio cambia el terreno, la cultura y los pares de sus hijos/as que estaban presentes y quienes fueron concebidos después, comenzando un continuo sentir identitario contradictorio, y cuestionamiento propio y de los otros, de quiénes son, de dónde son y de dónde quieren ser. Desde la perspectiva de Bruner (1991), que comprende la identidad como una configuración de acontecimientos personales que le dan significado, el régimen militar chileno es la unidad histórica que los define en lo que fueron, podrían haber sido y son.

La narración de los acontecimientos como las detenciones, el exilio y la nostalgia que vivieron los padres y/o madres es una construcción social referida a la memoria colectiva (Halbwachs, 1925, p. 50 citado por Páez et al. 1996), donde participaron los progenitores, grupos sociales, la cultura, la información de los medios de comunicación y los propios recuerdos cuando existieron. El intercambio social de los recuerdos que se produjeron mediante la comunicación interpersonal, influyeron la construcción y mantención de esta memoria, permitiendo construir la historia personal.

Sin embargo, la construcción de la historia de tortura de los progenitores se narra a través de las propias deducciones que han visto en el lenguaje no verbal de los padres y/o madres, a través de su silencio, marcas en el cuerpo y en relación a la información de los medios de comunicación.

“Mi papá nunca habló de eso, hay cosas que sí dice... que no las pudo nunca esconder porque estaba lleno de quemaduras por cigarro... pero lo otro no lo cuenta”

Larissa

Temporetti (2010), explica desde la psicología de Bruner que la subjetividad es el componente esencial para conocer, donde las emociones y los sentimientos se implican en el proceso de creación de significados y construcción de la realidad. Pero también explica que se necesita transar y negociar los significados, lo que es posible solo si hay comunicación e intercambio, que en este caso es limitada. Se observa entonces un relato fluido durante la narración de los acontecimientos históricos que conllevan al exilio, pero hay una pausa en el relato o ignorancia cuando se llega a la tortura donde se sabe que existió pero no se tiene mayor información. En la mayoría de los casos había una necesidad de averiguación en el pasado para completar este relato, pero actualmente se acepta este vacío en la narración como parte de la historia, pues acceder a más información significa investigar con los progenitores afectados, lo que es evitado por los protagonistas y se les ha observado un quiebre emocional al acercarse al tema; por eso se respeta el silencio y se crea el relato en base a estados subjetivos y creencias.

Considerando que mediante la memoria se construyen y resignifican los acontecimientos (Vázquez, 1997, p. 326, citado por Garcés et al. 2000), se comprende que para los hijos/as la tortura tiene un significado de profundo dolor e incompreensión. Se pueden someter con el tiempo el quiebre en la historia de vida familiar y sus consecuencias generacionales, el exilio y la impunidad en la justicia hasta el día de hoy, pero persiste la necesidad de comprender humanamente cómo es posible que alguien torture a otra persona, a lo que aún no se encuentra explicación que lo justifique.

Durante el exilio diversos estudios empíricos del tema (Rebolledo, 2005, 2012; Castillo et al., 1997; Garcés et al. 2000; Acuña, 2001; Rebolledo et al., 1999; Equipo de Denuncia, Investigación y Tratamiento al Torturado y su Núcleo Familiar 1989)

coinciden en describir un sentimiento de desarraigo, aislamiento, transculturización, sensación de transitoriedad, desadaptación, importante actividad política, idealización de Chile, preocupación de transmitir un imaginario de Chile a los hijos/as y anhelo de retorno en los exiliados/as. Se vive en condición de ghetto ya sea porque se les distribuye así en el país de asilo o los propios exiliados/as buscan sus pares, y/o en cercanía de grupos chilenos, en contacto permanente con la noticia de Chile y sus familiares que funcionan como el vínculo con Chile.

Esto se puede comprender considerando la definición de identidad nacional que hace Larraín (2010), que se expresa como un sentimiento de unidad, lealtad y fraternidad entre los miembros de una nación. Entonces, se propone que los exiliados/as viven una crisis de identidad y existe una necesidad de no ser derrotados/as, manteniendo su lealtad nacional, fraternidad y unidad en el exilio, en definitiva que sigan siendo chilenos/as pese a ser excluidos de su comunidad. La forma de continuar siendo chilenos/as en el extranjero es compartir ciertas afiliaciones, características o lealtades grupales culturalmente determinadas. Es a través de los sistemas simbólicos de la cultura que logran plasmarse la identidad de chileno/a, buscando situarse en un contexto cultural apropiado para reconocerse entre ellos. Es decir, se agrupan entre chilenos/as y sudamericanos/as mayoritariamente, replican las costumbres y festividades chilenas, y se comunican en torno a un pronto retorno a Chile (Rebolledo, 2005, 2012; Castillo et al., 1997; Garcés et al. 2000; Acuña, 2001; Rebolledo et al., 1999; Equipo de Denuncia, Investigación y Tratamiento al Torturado y su Núcleo Familiar 1989). El grupo de exiliados/as chilenos/as permite una identificación entre ellos y una diferenciación con los nativos/as del país de asilo, así se aseguran saber quiénes son y evitan ser confundidos con los demás (Iñiguez, 2001), no arraigándose al país de exilio. El discurso no está solamente en quienes eran y son, sino también se reconoce la identidad en el proyecto a futuro (Larraín, 2010), por eso se incluye a los descendientes en sus propósitos de vida, se les enseña a no arraigarse tampoco porque son chilenos/as

también. La actividad política se mantiene, pues como señala Rebolledo (2012) es la condición de izquierda que los lleva al exilio, por lo que existe lealtad a sus ideales y les permite planear y soñar el término de la dictadura.

En este contexto nacen y/o crecen los hijos/as, se les enseña que son chilenos/as y que pronto volverán de donde provienen, por lo que están en una permanente transitoriedad. Se les narra Chile como un cuento idealizado, porque la añoranza de volver lo idealiza y además quieren entregar una imagen cautivadora a sus hijos/as para que se sientan chilenos/as (Rebolledo et al., 1999), lo que es potenciado por el grupo de exiliados/as amigos/as que sienten la misma pasión. Los progenitores buscan que los hijos/as mantengan el idioma castellano, Chile estaba presente en todos los contextos, amigos/as, celebraciones, comida, música, llegada de productos exportados y encomiendas. Ven el paso del tiempo en las fotos y se intentan hacer lazos a través de casetes y cartas.

Integración

Si bien en los hijos/as existía una identificación con Chile, también se sentían cómodos/as y felices en el país residente que era vivido como propio, sin que existiesen mayores cuestionamientos de esta dualidad. Se está de acuerdo con Castillo et al. (1997) respecto a que los hijos/as hicieron suya la cultura habitante a través del barrio, los amigos/as y la escuela, donde se desarrolló una identidad en el marco de una pertenencia fragmentada, sin que esto fuera problemático.

La integración se explica porque muchas veces no conocían o recordaban otra realidad, además había pertenencia al grupo y valoración, es decir existía una adecuada identificación social, donde los significados se construían, negociaban y compartían sin inconvenientes lo que permitía mantener una identidad reconocida (Bruner, 1991). Se debe comprender que quienes vivían en países latinos las diferencias culturales no eran tan notorias, por lo que se compartía el idioma y había una similitud racial. Quienes estaban en países más lejanos convivían en ghettos chilenos o sudamericanos y/o estaban insertos en comunidades multiculturales, donde localmente eran mayoría respecto a los nativos/as. Esta situación resultaba un factor protector de la posible discriminación, la

similitud de los pares potenciaba la integración, socialización y adaptación, viviendo el país habitante como propio.

En el caso de quienes llegan al exilio en la etapa escolar la inserción es más dificultosa, pues no se comparten los símbolos con la comunidad (Bruner, 1991), no se habla el idioma oriundo entorpeciendo el aprendizaje escolar y la socialización, además extrañaban Chile, sus abuelos/as, parientes y amigos/as. En estos casos la adaptación es complicada y sus experiencias se asemejan más a las vividas por sus progenitores, viviendo como señalan diversos estudios sobre el destierro (Rebolledo, 2005, 2012; Castillo et al., 1997; Garcés et al. 2000; Acuña, 2001; Rebolledo et al., 1999; Equipo de Denuncia, Investigación y Tratamiento al Torturado y su Núcleo Familiar 1989) sentimiento de pérdida de identidad, aislamiento, sensación de rechazo, lealtad a Chile, nostalgia, idealización, sensación de transitoriedad, entre otros, en un proceso de readecuación identitaria frente a la nueva cultura.

Tomando en cuenta la definición de identidad de Larraín (2001) como proceso social de construcción, se propone tres elementos constitutivos. Primero nos definimos a nosotros mismos de acuerdo a ciertas categorías sociales culturales, donde en el caso de los hijos/as de expatriados/as se compartía en el exilio una identidad nacional chilena y una descendencia de destierro político, que se podría relacionar con el pensamiento de izquierda. En segundo lugar está el elemento identitario material, donde hay una corporalidad étnica latina, un paisaje, construcción, naturaleza, clima y estaciones propias del país habitante que dan un sentido de pertenencia a la comunidad. Y el tercer elemento supone la existencia de los otros, donde nos definimos según como nos ven los otros que son significativos. En este caso existe una variación en las etapas vitales, donde primero los progenitores tienen el lugar de más significativos pero después pasan a ser los pares. Por eso, en un principio los hijos/as de exiliados/as interiorizan ser chilenos de parte de los padres y/o madres y el grupo cercano al mismo tiempo que se sienten parte del país residente. Pero con el tiempo se va sociabilizando más allá del grupo hispano y va creciendo la necesidad de insertarse a la sociedad residente, por lo que el idioma habitante toma preponderancia como instrumento de comunicación y sensación de pertenencia. Se perfecciona el idioma pudiendo sentir molestia en tener acento latino, se llega a pensar en él e inclusive se puede perder el castellano. Así

mismo, la salida del grupo protegido de latinos o multicultural hace un poco más palpable la discriminación, pues se hacen más evidentes las diferencias culturales y raciales dependiendo del país, destacando que son extranjeros en el país que sienten propio. Si bien los hechos de discriminación o comprensión de la diferenciación se remiten a hechos aislados y sin mayor valoración de parte de los protagonistas, esto pudiese potenciar la necesidad de inserción a la sociedad habitante y el alejamiento del sentir chileno.

Se coincide entonces con varios autores (Hardj, 2008; Galicia, 2005; Larraín, 2001; Bruner, 1991), respecto a que la identidad no es estática, sino que es una construcción que puede cambiar permanentemente, influenciada por expectativas sociales, históricas y contextuales.

Entendiendo que la identidad (Larraín, 2010; Rebolledo, 2012) se comprende y construye no solo con el pasado y el presente, sino también con las proyecciones a futuros; los jóvenes habían construido su proyecto vital en el país residente, de acuerdo a sus necesidades de pertenencia y reconocimiento social. Por eso, cuando finalmente se concreta el retorno es rechazado, padres y/o madres e hijos/as negocian su proyecto de vida en Chile o el país habitante. Los progenitores imponen o convencen a los hijos/as a ir a Chile por temor a una desintegración familiar, otras familias se separan, y otros se quedan en el exilio para mantener la unión familiar. Se coincide en este ámbito con Rebolledo (2005) que explica que el retorno acarreo la paradoja del exilio chileno, pues se caracterizaba por ser familiar, pero el retorno se transformó en un factor de disgregación.

Sucedió entonces un dilema identitario entre los progenitores y los jóvenes, pues parecía que el tiempo y las vivencias habían alejado sus sentires nacionales y ya no existía un proyecto de vida en común, es decir los referentes identitarios no eran coincidentes.

Quienes son hijos/as adultos se quedan en el extranjero para terminar sus proyectos de estudio pero en algún momento deciden ir a Chile para desarrollarse profesionalmente, se observa entonces que si bien los planes de vida se hicieron en el extranjero hay una necesidad, curiosidad o conexión con Chile que se quiere conocer o

reencontrar, pues es parte de la memoria colectiva y su identidad, y como explican Garcés et al. (2000) es un proceso permanente de interpretación de los acontecimientos que fueron o pudieron ser.

La llegada a Chile produce un choque cultural, pues la imagen transmitida de un ideal no coincide con la realidad, el simbolismo construido y compartido en el extranjero de Chile y sus habitantes se relacionaba con colores y alegría, sin embargo todos/as coinciden en describir el encuentro con una realidad gris, triste y pobre, por lo que existe una desilusión. Se descubre que el Chile construido y trasferido como memoria colectiva no existe aparentemente, y considerando la importancia que esta tiene en la identidad (Rincoeur, 2003, citado por Cavallas, 2011), aparece un no reconocimiento identitario donde resulta que nada era como siempre creyeron que fuera. Además, desde la perspectiva de Bruner (1991) el sistema de significados tiene un contexto cultural desconocido, donde pareciera que la similitud con los chilenos se da solamente por el ámbito físico, lo que en algunos casos no sucedía en el país extranjero, comenzando lo que Hardj (2008) denominó una incoherencia identitaria; pues aunque en el país de crianza eran extranjeros y sus progenitores les inculcaban no arraigarse igualmente se sentían pertenecientes, pero al llegar a Chile se dan cuenta que no pertenecen aunque sean chilenos y sus padres y/o madres así se lo hubiesen señalado siempre.

El choque cultural y la desilusión de la imagen de Chile hacen que los hijos/as perciban una sociedad ajena y que su identidad sufra un resquebrajamiento; pues como explica Esteban (2006) al cambiar los paradigmas y la visión del mundo el sujeto percibe y experimenta dolorosamente que su identidad, sus valores, los que le identifican y le ayudan a sobrevivir, ya no le sirven.

La crisis identitaria produce desadaptación que se traduce en pena, rabia, sensación de irrealidad, aislamiento, introversión, añoranza, entre otros, las que son más agudas mientras más diferente es la nueva cultura, como por ejemplo la inserción a una escuela pública.

“Yo decía “esto es un sueño, en algún minuto yo voy a despertar...”, después cache que nunca despertaba po... y de ahí yo sentí esa sensación que no es racional, sentí que lo de allá no podía ser po, no puede existir esa realidad, yo creo que la mentalidad

infantil, niña nomas po, “¿por qué eso existe... o cómo pueden existir estas cosas tan distintas, tan opuestas?” Natalia

Bruner (1991), explica que la realidad está representada por un simbolismo compartido por la comunidad cultural, donde sin la cultura la mente no podría existir. Cuando no se pertenece a la nueva cultura que nos rodea no se encuentran simbolismos compartidos, y es en función de los sistemas culturales de interpretación que nos comprendemos a nosotros mismos y a los demás. Así mismo, se puede interpretar la sensación de irrealidad desde Temporetti (2010), que señala que el mundo es en sí mismo una estipulación expresada en un sistema simbólico, entonces si no existe un sistema simbólico reconocible pareciera que la realidad no es congruente al propio sistema de significados.

Considerando a Taylor (p. 317 citado por Pecheny 2002), se necesita el reconocimiento de los otros para tener sentido de pertenencia y formar la identidad individual y colectiva. En el caso de los hijos/as de exiliados/as se consideraban chilenos/as en el extranjero porque estaban insertos en una sociedad que les devolvía esa imagen, pero el contexto de ghetto o amigos/as chilenos/as les permitían sentirse valorizados y parte de la comunidad. Al llegar a Chile continúan siendo extranjeros/as, hablan un castellano limitado y/o con un tono y modismos diferentes que es señalado por sus pares como no reconocido, y mantienen costumbres extranjeras que los diferencian de los otros chilenos/as.

El sentir una valoración negativa o positiva de la imagen que tienen los otros en Chile de los hijos/as de exiliados/as, está dada de acuerdo a sus experiencias anteriores. Se observa que quienes vivieron un episodio de desadaptación cultural al llegar de Chile al exilio o al emigrar a otro país de asilo durante el exilio, tienen más recursos para enfrentar la llegada a Chile. Concluyéndose que la experiencia de desadaptación cultural permite comprender, tal como lo propone Bruner (1991) que el sistema de significados tiene un contexto cultural, lo que se percibe en la “amplitud de mente”, conocimiento que existen otras realidades y conciencia de la importancia que tiene el medio cultural en la formación de un grupo o individuo, características que utilizan los hijos/as de exiliados/as para autodefinirse. Es decir, la experiencia de verse enfrentado a otra cultura genera una crisis identitaria, sin embargo tras la readecuación del sistema de significados

se adecua la identidad, incorporando el conocimiento de la existencia de diversas realidades y culturas que enriquecen sus perspectivas, potencian la tolerancia y capacidad de adaptación.

Se observa que el éxito académico por la diferencia de calidad educacional con Chile respecto a algunos países de exilio más desarrollados, puede agregar un valor positivo en la mirada de los otros hacia los jóvenes, lo que potencia la integración, sociabilización y/o autoestima personal en algunos casos.

El idioma como medio de comunicación esencial con la cultura y los otros puede sufrir bloqueos, pues pudiese existir una negación a relacionarse con el medio para resguardar su propio reconocimiento identitario; generándose una negación a aprender el idioma extranjero u olvido del idioma anterior; o al revés, puede ser potenciado como una forma de mantener los lazos con el país de la niñez, como resguardo de su identidad.

Se pasa de ser reconocido durante toda la niñez y/o juventud en el exilio como parte del grupo de descendientes de sobrevivientes de la dictadura, héroes y afectados, a una imagen en Chile de cobardía y/o beneficiaros/as del régimen militar por cuanto conocieron, tuvieron acceso más oportunidades y mejor economía. El no reconocimiento como afectados/as de la dictadura cuestiona su pertenencia, sustentando una valoración negativa y en consecuencia una identidad social negativa (Tajfel, 1981, p. 214 citado en Iñiguez, 2001). Esto, genera tristeza, dolor y rabia, y se busca la integración y la negociabilidad del significado a través de explicar y contar el testimonio de sufrimiento que vivieron los padres y/o madres, situación que no es valorada por sus pares chilenos en Chile.

Los padres y/o madres por su parte también se desilusionan de Chile, se enfrentan a la idealización que hicieron frente al paso del tiempo y las consecuencias de la dictadura, además viven dificultades económicas y laborales. Algunos no logran integrar la nueva imagen sintiéndose ajenos a todos los países hasta el día de hoy, pero la mayoría decide enfrentar los costos leales a su identidad chilena, pese a la desilusión de Chile, la política y el desprecio de la calidad de exiliado/a. Entonces, como señalan Castillo et al. (1997) tienen que readaptarse a su país.

Los hijos/as no comprenden inicialmente el empecinamiento de los progenitores, especialmente en la adolescencia sienten rabia contra ellos por llevarlos a vivir esa inestabilidad, más aun si estaban en dictadura donde peligraba el bienestar familiar. Mezclándose, como dice Rebolledo (2005), los conflictos interculturales con los intergeneracionales.

Pero tal como lo señalan diversas investigaciones (Rebolledo, 2005, 2012; Castillo et al., 1997; Garcés et al. 2000; Acuña, 2001; Rebolledo et al., 1999; Equipo de Denuncia, Investigación y Tratamiento al Torturado y su Núcleo Familiar 1989), la experiencia en común de sentimiento de desarraigo que sienten al llegar a Chile les permite comprender la experiencia de los padres y/o madres al ser exiliados/as y su necesidad de volver, sumado a la “amplitud de mente” resultante de la experiencia de desadaptación. Una gran parte es capaz de ver que los progenitores fueron leales a Chile porque era parte de su vida, de su identidad, estaban sus memorias y significados de siempre, por lo que existe admiración y reconocimiento de los sacrificios hechos para sentirse parte. Pues el retorno no es fácil, requiere coordinar a toda la familia formada en el exilio, abandonar lo construido y comenzar nuevamente.

Sucede entonces, una experiencia común entre los/as hijos/as de retornados y sus padres y/o madres que es la extranjería (Rebolledo et al., 1999). Donde se observa en la narración que el hito de quiebre biográfico se da en el exilio para los padres y/o madres y en el retorno para los hijos/as.

La propia experimentación de desarraigo y el ser testigos del sufrimiento de sus progenitores por no estar en su patria; les produce significar el exilio político como algo traumático y doloroso. Se reconoce la paradoja que si bien sus infancias fueron felices, siempre vieron que los padres y/o madres no lo eran. Sentimientos como el miedo, la rabia y la pena fueron habituales, y muchas veces traspasados a través de la historia de exilio, incorporando el dolor del exilio de los padres y/o madres como aspectos heredados en sí mismo, comprendiendo que la memoria colectiva es incorporada a la constitución de la identidad (Rincoeur, 2003, citado por Cavallas, 2011).

Al momento en que los progenitores son expulsados de Chile, se priva la opción a sus descendientes de nacer o criarse en el país de sus padres y/o madres, se les enseña que son chilenos/as, y cuando llegan a Chile se les hace sentir extranjeros/as, quedando

entre medio del sentir de sus padres y/o madres, de sentir de los otros y el sentir propio. Sucede entonces en los hijos/as de exiliados, lo que Hardj (2008) denominó estar condenados a estar “entre dos”, donde finalmente pareciera que no son de ninguna parte.

En síntesis, a la llegada a Chile se contraponen la mayoría de los aspectos de la memoria colectiva como la imagen idealizada y la pertenencia al grupo de afectados de la dictadura, por lo que se dificulta la comprensión del sí mismo de acuerdo a lo propuesto por Iñiguez (2001). Así mismo, se debilita la identidad a través de los procesos sociales donde la interacción simbólica y la memoria colectiva son elementos determinantes para que los individuos se perciban y sean aceptados como pertenecientes (Sandoval, 1993).

Las contradicciones y complejidades de las significaciones colectivas e individuales, y la percepción de los otros como no pertenecientes afectan sus aspectos identitarios, lo que no les permite reconocerse como chilenos/as existiendo sentimientos encontrados con Chile. Como explican Rebolledo et al. (1999), existe una pérdida del referente identitario; pues al arribo a Chile se diluye el grupo de referencia con quienes se compartía una memoria colectiva común, requiriéndose una elaboración y reelaboración que asegure el mantenimiento y el cambio de las subjetividades identitarias en cada interacción (Iñiguez, 2001).

Se busca pertenencia a través de la idealización y añoranza del país de la infancia, potenciando la identificación con este con el fin de mantener y reconocer los propios aspectos identitarios. Por lo que se coincide con lo propuesto por Castillo et al. (1997) en cuanto que hay una constante idealización de lo que se perdió, idealizando el país de exilio que se convierte en un refugio de las frustraciones y dificultades, en una búsqueda de pertenecer, de arraigarse.

Sin embargo, la experiencia de desarraigo en común con los padres y/o madres les permite comprender que viven un proceso de idealización que no es coincidente con un posible reencuentro con la realidad y son capaces de comprender que allá son extranjeros/as, pero necesitan alimentar la añoranza para reconocer su identidad, y por sobre todo para mantener la coherencia identitaria.

Por su parte, políticamente se observa que existe una potente base ideológica familiar que ha sido traspasada generacionalmente, donde se busca un mundo mejor a través de la actividad social, lo que se representa en ser de izquierda. Muchos tíos/as o primos/as también fueron exiliados/as y se observa que la política tiene un rol preponderante en la familia. Ser de izquierda y ser activo socialmente es parte de la identificación familiar, donde hay un reconocimiento, y por lo tanto es una posibilidad de mantener y reconocer su identidad.

Al llegar a Chile buscan sentido de pertenencia en grupos de partidos políticos de izquierda donde hay identificación (Iñiguez, 2001), pues se relaciona con los referentes identitarios que existen generacionalmente y desde el país de crianza. Los hijos se vuelven activos/as políticamente y en forma entusiasta, es en este espacio donde sienten pertenencia. Sin embargo, al tiempo existe una desilusión, pues la izquierda se relacionaba con principios e ideales utópicos que fueron enseñados y compartidos durante la infancia, como parte de la construcción y el traspaso de la memoria colectiva. La desilusión política es vivida también por los progenitores, que eran parte del sistema de significaciones de un momento político chileno que se diluyó durante la dictadura, sin que ellos fueran testigos del contexto histórico social por estar en el exilio.

Surge entonces la necesidad de búsqueda y replanteamiento de la ideología para la reconstrucción de la identidad familiar, señalada por Bruner (1991) como la construcción del significado del continuo actualizar de nuestra historia, de la propia trama narrativa como una actividad humana fundamental. El proceso conlleva tiempo, dolor y/o desorientación, pues requiere readecuar y reelaborar aspectos identitarios que parecían arraigados al grupo desde la memoria colectiva y la pertenencia social de toda una vida. Con el tiempo, los progenitores toman roles más pasivos políticamente y mantienen su posición de izquierda. Los hijos/as ven a los uniformados como un símbolo de la dictadura, por lo que la imagen es devaluada y despreciada, se identifican con la izquierda pero desde posturas más independientes, sin necesidad de ser dogmáticos o seguidores/as de un partido, sino a través de ser activos/as socialmente. Esto se evidencia en la elección de la profesión u oficio, donde se busca ser útil a la sociedad, trabajar los aspectos sociales, en contacto y para la gente.

Se observa así, que la identidad se construye en el tiempo y va cambiando siempre, donde existe un acomodo identitario basado no solo en lo que han sido y son, sino también en lo que quieren ser, creando proyectos de futuro desde perspectivas más sociales que políticas. (Larraín, 2010),

Pero como indica Hardj (2008), en el caso de los hijos/as de inmigrantes, la identidad está en constante proceso de construcción en realidades que a veces ni son coherentes, pero que responden a una necesidad visceral de reconocimiento cualquiera que sea su procedencia. El auto reconocimiento de los hijos/as de exiliados/as respecto a la identidad nacional ha estado en permanente movimiento a lo largo de sus vidas. Actualmente es sentir es variado, algunos se identifican con un barrio específico, otros con Chile, otros con el país de infancia, otros con los dos o más con uno que con otro, sea como sea se reconocen raíces chilenas o latinas. Se observa que existe una reflexión de años sobre el auto reconocimiento, donde se reconoce que no se es enteramente de una sola nacionalidad, pues estén donde estén no existirá una identificación completa, condición que todos han decidido aceptar como parte de su identidad. No existe un sentimiento de completitud estén donde estén, sin significar que no se sientan a gusto en un lugar. La aceptación de esta condición se hace a lo largo de los años como parte de la propia construcción identitaria.

“Yo creo que no lo puedo definir como un sentimiento continuo, ah ahora yo me siento más bien alemana... me gustan las dos cosas, yo creo que son etapas... como que siempre he estado partida... Partida entre dos, como que había muchas cosas que no me gustaban de un país y que sí me gustaban en el otro país... yo tenía que aprender a aceptar que en mi viven dos identidades se puede decir, o dos raíces y hay muchas cosas de Chile que yo todavía echo de menos, pero hay también muchas cosas que yo echo de menos en Alemania cuando estoy en Chile... Es estar entre dos, sí. Y eso tengo que aceptar... aceptar que yo soy parte de esos dos mundos. Acá yo sé que yo soy la chilena y en Chile yo soy la alemana, pero tengo de las dos cosas” Rayen

Se acepta esta dualidad, y la identificación con una nacionalidad se decide conscientemente en base a la reflexión, a diferencia de quien nace y se cría en “su país” que su sentir nacional es “dado” y reconocido por los pares, el hijo/a de exiliado/a va en

busca al encuentro o a la creación de un sentir que le permita sentirse cómodo. Esto se hace basado en una lealtad al país de infancia, al país que residen actualmente o al lugar donde está la familia. Para algunos se considera que las fronteras y países son parte de un sistema político bajándole el perfil al concepto de nación, comprendiendo que el sentir ha podido ser en base a una elección voluntaria.

Bruner (1991), explica que los significados se deben situar en los contextos culturales para comprenderlos, para asegurar su negociabilidad y comunicabilidad, tal como lo han hecho los hijos/as de exiliados que han logrado adaptarse al contexto cultural y negociar y readecuar sus sistemas de significados. Y es en virtud de su articulación en la cultura que el significado adopta una forma pública y comunitaria en lugar de privada y autista. Los hijos/as de exiliados/as construyen y deciden su identidad individual y colectivamente, pero la reflexión de esta construcción es más bien privada. Esto sucede porque el exilio no fue directo, por lo que las consecuencias generacionales no son tomadas en cuenta por el colectivo, el exilio es minimizado por cuanto no se reconoce vulneración física del estado y tuvieron oportunidades fuera del país. No existe un contexto donde conversar los propios procesos y sentires, por cuanto los padres y/o madres están viviendo su propio proceso de readaptación al país, el grupo de pares de hijos/as de exiliados/as es disgregado a la llegada a Chile, se ven insertos en ámbitos culturales que no los reconocen, y como señala Hardj (2008) sobre los inmigrantes: se encuentran en un espacio indefinido entre dos sentires nacionales que terminan siendo invisibles en los territorios de pertenencia; por lo que no tienen con quien hablar de sus procesos de adaptación, añoranza y necesidad de readecuación de la identidad. Por eso se observa necesidad de comunicabilidad, donde existen emociones latentes y sensación de invisibilidad.

Se concuerda entonces, con Acuña (2001) al señalar que no existe un reconocimiento social de sus experiencias como segunda generación, cuanto más se lo ha consignado como un problema psicológico, como trauma o desadaptación, lo que ocasiona una dificultad para construir referentes identitarios colectivos.

Hoy día, los hijos/as de exiliados/as están adultos/as y a lo largo de la adecuación, reconstrucción y los procesos de transacción culturales que se dan en la construcción de significados han logrado una comprensión y comodidad identitaria (Bruner, 1991). El

auto reconocimiento está en ser desarraigado como una condición que ya no trae dolor, pues permite adaptación, desprendimiento, fortalezas para enfrentar la vida diaria y atreverse a aventurar. La capacidad de adaptación es a través de la experiencia de vida, y tiene una connotación positiva por cuanto permite flexibilidad a nuevos medios, libertad y resguarda del dolor que significa un cambio o desadaptación.

Se definen con apertura de visión o “abiertos de mente”, pues tuvieron la oportunidad de conocer diversas realidades, lo que les brindo el conocimiento de contextos alternativos y la comprensión de la influencia de la cultura, existiendo mayor respeto y tolerancia a la diferencia.

De acuerdo a lo expresado, es que la crítica a los chilenos/as se basa en las creencias arcaicas y discriminatorias respecto a algunos temas como el clasismo, racismo, las disputas de las fronteras chilenas, la homosexualidad, entre otros. Pero comprendiendo la influencia que ejerce el contexto cultural, entienden que las críticas que se hacen de los chilenos/as son consecuencias de las vivencias de la dictadura, la necesidad de desarrollo y crecimiento global como país latinoamericano.

Todos significan Chile como el país en donde están sus raíces, los hijos/as de exiliados/as políticos/as chilenos/as que viven en el extranjero, aunque hayan sufrido una desilusión del país, sueñan con volver en algún momento de su vida o intentan viajar permanentemente. Quienes viven en Chile sueñan o intentan viajar de vez en cuando al país de la niñez. Tal como señala Hardj (2008), se encuentran condenados a estar “entre dos”. Pero la reflexión de búsqueda y decisión identitaria a través de los años les ha permitido llegar a una posición de comodidad con esa dualidad. Sea donde sea que habiten, se reconoce la decisión y necesidad de estar cerca de la familia, destacando que los vínculos de la familia nuclear son muy fuertes en las familias exiliadas, por cuanto no existía familia extendida en el exilio; y al llegar a Chile fue el grupo de pertenencia más reconocible en la adaptación a la nueva cultura, siendo el contexto de mayor estabilidad para situar el intercambio de significados (Bruner, 1991), auto-reconocimiento de los principales aspectos identitarios (Larraín, 2001) y han mantenido, construido y reconstruido la memoria colectiva (Halbwachs, 1925, p. 50 citado en Páez et al. 1996).

La vivencia generacional en común generó una identidad familiar, la memoria colectiva construye y resignifica los acontecimientos del pasado y presente (Vázquez, 1997, p. 326, citado en Piper, 2002), existe un simbolismo compartido, conservado, elaborado y pasado a generaciones sucesivas que, a través de esta transmisión, mantienen la identidad y forma de vida (Bruner, 1991). Esto se observa en el relato no sólo de lo que son o han sido, sino en sus proyectos futuros (Larraín, 2010), donde hay una necesidad de viajar, conocer y traspasar el conocimiento de realidades paralelas a sus descendientes que los provean de mayor apertura, tolerancia y de recursos que los resguarden del dolor y la desilusión frente a posibles nuevos contextos culturales.

Finalmente, se reflexiona respecto a lo propuesto por Hardj (2008) cuando se refiere a la ironía que viven los hijos de inmigrantes en cuanto heredan la extranjería. Pareciera que el destierro de los progenitores producto de la dictadura también fue heredado por sus hijos/as, viéndose obligados a nacer y/o crecer y vivir en un país ajeno al sentir de sus padres y/o madres, experimentando el desarraigo, la reconstrucción identitaria con sus ganancias y pérdidas personales, y la sensación de dualidad que se acepta con el pasar del tiempo como parte de su identidad.

Respecto a cómo construyen la identidad los hijos/as de exilados/as políticos/as, se parte de la premisa teórica que la identidad es un continuo proceso de construcción (Hardj, 2008; Galicia, 2005; Larraín, 2001; Bruner, 1991), por lo que está en permanente cambio. Sin embargo, en los hijos/as de exiliados/as políticos/as la identidad es un proceso que se ve afectado a lo largo de la vida por estímulos adicionales y contradictorios que lo obligan a readecuarse y replantearse continuamente.

En primer lugar, se debe considerar el contexto de crecimiento de los niños/as, donde los progenitores y el círculo cercano de chilenos/as son el grupo exclusivo de referencia identitario, quienes por sus propios procesos alusivos a mantener una lealtad con Chile, construyen un referente de Chile a través de la memoria colectiva basado en transculturización, idealización, transitoriedad y la actividad política izquierda que es transferida a los hijos/as.

Quienes llegan en la etapa escolar son participes de la misma readecuación identitaria de los padres y/o madres, considerándose chilenos/as en el extranjero y

viviendo la desadaptación. Los hijos/as están incluidos en el proyecto de vida de los progenitores que se basa en el retorno a Chile, por lo que todos crecen en el referente identitario como chilenos/as en el extranjero. En el caso de quienes no tienen conocimiento o recuerdos de otra realidad, el país residente se percibe como propio, pues la mayoría de los pares son similares o multiculturales existiendo una identidad social adecuada. Es decir, crecen en la dualidad de ser chilenos y del país que habitan, sin que exista mayor cuestionamiento.

A lo largo de los años los niños/as o jóvenes sociabilizan más allá del grupo hispano y crece la necesidad de inserción en la sociedad habitante, por lo que el sentir nacional se acerca más al país de crianza y el retorno de los progenitores a Chile se considera lejano e innecesario. Sucede entonces un alejamiento de los referentes identitarios entre los progenitores y los hijos/as, que se traduce en que el idioma del país residente toma preponderancia y se planean proyectos de vidas divergentes entre ellos. Sin embargo, el acercamiento a la sociedad extranjera fuera del grupo protegido hispano enseña que existen diferencias étnicas y se reconocen diferencias. Comienza entonces, el primer cuestionamiento identitario que da a entender que son chilenos/as en el extranjero aunque vivan el país residente como propio, pero se refiere a hechos aislados que no generan mayores complicaciones.

Todos los entrevistados/as experimentaron en algún momento la desadaptación cultural, algunos con la llegada al país de exilio, otros durante un cambio de país durante el exilio, o si no con la llegada a Chile. Sea como sea, se reconocen reacciones en común como el choque cultural, irrealidad, idealización, bloqueo idiomático, aislamiento, introversión, pena y/o rabia. Se genera una crisis identitaria debido a la descontextualización cultural que desconoce el sistema de significados acostumbrados donde la identidad era valorada y útil (Esteban, 2006). Tras ello, se requiere un largo proceso de readecuación identitaria donde se buscan negociar, encontrar y construir nuevas significaciones en la cultura participante. Sin embargo, la experiencia desadaptativa también provee de recursos para mayor adaptación en futuros contextos culturales desconocidos.

En el encuentro con Chile existe desilusión, pues la imagen Chile aprendida en la memoria colectiva no es congruente a la realidad. Las diferencias culturales impiden identificarse con Chile y los pares no los consideran chilenos/as, entonces sucede una incoherencia identitaria (Hardj, 2008) pues creyeron ser siempre chilenos/as pero a la llegada a Chile se dan cuenta que no lo son sucediendo una crisis de identidad. Comienza en la mayoría de los casos una idealización del país de crianza basada en la añoranza, pero la experiencia en común de desarraigo con los progenitores exiliados los concientiza que es parte de un proceso de idealización posiblemente irreal, sin embargo les permite sentirse pertenecientes o en afinidad al referente identitario que conocían.

Se buscan reencontrar los referentes identitarios que tenían en el extranjero, donde eran reconocidos a la mirada de otros como afectados/as de la dictadura por el círculo latinoamericano y los extranjeros/as. Sin embargo, los chilenos/as en Chile desconocen esta condición por considerarlos que arrancaron y fueron beneficiarios/as del régimen militar, ya que tuvieron acceso a viajar, conocer, mayores oportunidades económicas y profesionales. De esta forma, se fortalece la sensación de pérdida de identidad y existe una valoración negativa de los otros que afecta el identitario social.

También se insertan en la militancia o actividad política izquierdista como búsqueda de objetos de identificación, pues era sentido como el grupo de pertenencia en el país de crianza; parte de la memoria colectiva de su narrativa biográfica familiar, donde se reconocen a lo largo de la narración que la política provocó cambios radicales por el exilio de sus progenitores y en consecuencia de su procedencia y sentir identitario; y a través de la identidad ideológica familiar traspasada. En este contexto de la política, se reconoce que existió sentido de pertenencia en un principio pero con los años hay una desilusión basada en las creencias ideológicas idealizadas de izquierda en el exilio por la memoria colectiva traspasada por la familia, generándose desorientación y dolor en la búsqueda y readecuación de este sentir identitario.

Todas estas situaciones obligan a reconstruir la identidad, en un proceso doloroso y largo que requiere reflexión, búsqueda y elección consiente de aspectos identitarios. Reflexión que se hace individual y colectivamente pero en privado, pues los progenitores estaban intentado establecerse en el país con dificultades personales, identitarias, económicas, laborales y de supervivencia. El contexto cultural desconocía y le era dificultoso comprender su crisis identitaria, el círculo de exiliados/as y sus descendientes se disgregó a la llegada a Chile o se quedó en el extranjero, y estos se encuentran en un espacio indefinido entre dos sentires nacionales que terminan siendo invisibles en los territorios de pertenencia como se refiere Hardj (2008) respecto a los inmigrantes. Por lo tanto, los hijos/as de exiliados/as políticos/as terminan siendo invisibilizados y se observan necesidades de comunicabilidad.

Actualmente, han encontrado una comodidad identitaria basada en una inclinación a la política izquierdista pero sin representación partidista, donde se toma la ideología familiar de querer un mundo mejor pero interpretado desde una posición técnica social donde se desea ser útil a la sociedad a través de la profesión u oficio. Y se quiere traspasar a los hijos la historia de la dictadura y capacidad de comprender que existen otras realidades, lo que se infiere que es para darle recursos que los resguarden del dolor y la desilusión en el futuro.

El auto reconocimiento de la identidad nacional es un proceso que ha estado en permanente movimiento a lo largo de sus vidas como una necesidad vital de procedencia. Al presente no existe un sentir en común a los hijos/as de exiliados/as, puede ser una identificación local, chilena, del país de crianza, de los dos o más de uno que de otro. Esto se hace basado en una lealtad al país de infancia, al país que residen actualmente o al lugar donde está la familia. Incluso se le baja el perfil al concepto de nación comprendiendo que el sentir ha podido ser en base a una elección voluntaria. Sea como sea, se reconocen raíces latinas o chilenas y no hay una sensación de completitud estén en el país que estén, dualidad que se acepta como parte de la identidad, pues pareciera que están condenados a estar “entre dos” (Hardj 2008). De todas formas se afirma la necesidad o decisión de estar cerca de donde está la familia, por ser el contexto reconocible a lo largo de los cambios culturales, lo que es necesario de acuerdo a Bruner (1991) para saber quiénes son.

De acuerdo a sus experiencias como hijos/as de exiliados/as y el proceso de reconstrucción identitaria, hoy día se describen como desarraigados/as pero desde una mirada basada en los recursos, pues permite mayor adaptación, desprendimiento, fortaleza frente a los cambios negativos, flexibilidad y libertad. La oportunidad de conocer otros países y la experiencia en común de desadaptación en algún momento de la vida los define como más “abiertos de mente”, refiriéndose a mayor tolerancia y comprensión de otras realidades, y con conciencia de la influencia que ejerce la cultura en un individuo y colectivo.

En conclusión, pareciera que los hijos/as de exiliados/as políticos/as chilenos/as heredan la condición de “desterrados”, pues nacen o se crían en un país que pareciera ser propio y no es de sus padres, y “vuelven” al país que debería ser propio pero sienten de los padres. La sensación de desarraigo lleva a la construcción y reconstrucción de identidad que pasa por variadas fases, donde se sostiene en la adecuación de saberse chileno/a en el extranjero hasta comprender que todo aquello que significaban en el pasado era irreal e irreconocible por ellos mismo y los otros, teniendo que ir a la búsqueda de reconstruir y readecuar su sistema de significados que le permitan comprender quienes son. Llegando con el tiempo, tras la crisis, el dolor, la reflexión y la propia decisión; a una comodidad identitaria basada en la aceptación de su dualidad.

Considerando que los hijos/as de exiliados/as políticos/as son una población invisibilizada, y como señala Acuña (2001) el no reconocimiento social de sus experiencias ocasiona dificultad para construir referentes identitarios colectivos; se cree relevante profundizar un mayor número de investigaciones de esta temática. Más aun si se busca reparación y construcción de la historia de la dictadura, parece necesario reconocer la transgeneracionalidad de sus consecuencias.

Además, las múltiples realidades donde se dispersaron los exiliados/as (Equipo de Denuncia, Investigación y Tratamiento al Torturado y su Núcleo Familiar, 1989), no establecen un denominador único en las experiencias. Por lo que es importante acotar las muestras de estudio y así desglosar las experiencias a temáticas más específicas dentro de la población que permitan profundizar y precisar los resultados, como por ejemplo respecto a las etapas vitales de los hijos/as; o investigar el tema desde los hijos/as que llegan al exilio en la etapa escolar donde sus experiencias se asimilan a la de sus

progenitores; o separar y comparar la influencia cultural en países escandinavos, mediterráneos, africanos y/o sudamericanos porque los choques culturales pueden ser representados desde diversas índoles; o acotar a poblaciones que llegaron en dictadura y democracia por separado.

Desde la desadaptación cultural, respecto a sus reacciones y consecuencias, resulta interesante ahondar porque se observó que es origen de potenciales recursos de mayor aceptación, tolerancia y comprensión de diversas realidades, que pudiesen ser de beneficio para evitar la discriminación en cualquier ámbito. Especialmente considerando el gran número de inmigrantes que llegan al país en busca de desarrollo económico y laboral, puede ser un aporte a las intervenciones integrativas, de ayuda social, psicológica o políticas de emigración.

Referencias

- Acuña, M. y Rebolledo, L. (1998). "Identidades e Ideologías de Género". Resultados de investigaciones de tesis. Ediciones PIEG, Santiago.
- Acuña, María Elena (2001). Género y Generación en la Transmisión de la Memoria. En: *Cyber Humanitatis*, 19. Extraído el 30 junio 2014. URL: <http://web.uchile.cl/publicaciones/cyber/19/macuna.html>
- Andréu Abela, J. (1998). Las técnicas del análisis de contenido: una revisión actualizada. [Documento en línea]. Disponible en: <http://public.centrodeestudiosandaluces.es/pdfs/S200103.pdf> [Consulta: 2014, enero 09].
- Arráez M., Calles J. y Moreno L. (2006). La Hermenéutica: una actividad interpretativa. UPEL Instituto Pedagógico de Barquisimeto Luis Beltrán Prieto Figueroa. SAPIENS

v.7 n.2 Caracas dic. 2006. Extraído el 04 agosto 2014. URL:

http://www2.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1317-58152006000200012&lng=es&nrm=i

Aspectos psicológicos del destierro. Recuperado el 10 de enero de 2014, de

<http://chile.exilio.free.fr/chap04.htm>

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE. El exilio. Memoria Chilena. Disponible en

<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3413.html#presentacion>. Accedido en 4-12-2013.

Bruner, J. (1991). *Actos de significado: Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Editorial Alianza. 1991

Canales M., (2006). *Metodología de Investigación Social*. LOM Ediciones. Santiago de Chile.

Cáceres, P. (2008). Análisis cualitativo de contenido: una alternativa metodológica alcanzable. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 2(1), 53–82. [Documento en línea]. Disponible en:
<http://www.psicoperspectivas.equipu.cl/index.php/psicoperspectivas/article/viewFile/3/3> [Consulta: 2014, enero 09].

Capella, C. (2011). “Hacia narrativas de superación: *El desafío para la psicoterapia con adolescentes de integrar la experiencia de agresión sexual a la identidad personal.*” (Tesis doctoral). Universidad de Chile. Extraído el 20 enero 2014. URL :
<http://www.tesis.uchile.cl/bitstream/handle/2250/112610/cs39ccs992.pdf?sequence=1>

Castillo, M. y Piper, I. (1997). “Discurso de Jóvenes Exiliados y retornados.” *Tramas II: Subjetividad y Procesos Sociales* (11) 145 –166, México. Extraído el 30 junio 2014. URL:

http://148.206.107.15/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=ARTICULO&id=1268&archivo=6-114-1268riy.pdf&titulo=Discurso%20de%20j%C3%B3venes%20exiliados%20y%20retornos

Comisión Chilena de Derechos Humanos, informe anual. (1982). Santiago, Comisión Chilena de Derechos Humanos, *mimeo*, 1983.

Coolican H. (2005). Métodos de investigación y estadística en psicología. Editorial Manual Moderno. México, 2005.

Corominas, J; Pascual, J. (1991). Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico. Editorial Gredos. Madrid, 1991.

Martín-Crespo, M. y Salamanca, A. (2007). Departamento de Investigación de FUDEN. El muestreo en la investigación cualitativa. Nure Investigación, nº 27, Marzo-Abril 07. Extraído el 20 enero 2014. URL:
http://www.nureinvestigacion.es/FICHEROS_ADMINISTRADOR/F_METODOLOGICA/FMetodologica_27.pdf

Del Pozo, J. Los chilenos en el exterior: ¿De la emigración y el exilio a la diáspora? El caso de Montréal”, *Revue européenne des migrations internationales* [En ligne], vol. 20 - nº1 | 2004, mis en ligne le 02 février 2010, extraído el 29 noviembre 2013. URL :
<http://remi.revues.org/4968>

Equipo de Denuncia, Investigación y Tratamiento al Torturado y su Núcleo Familiar (DITT) del Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo (CODEPU). (1989). “Exilio y Retorno: Itinerario de un Desafío” en: Persona, Estado, Poder. Estudios sobre Salud Mental en Chile 1973-1989

- Esteban, A. El desarraigo como vivencia del exilio y de la globalización. *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM* [En línea], 5, (2002). Publicado el 24 febrero 2006, extraído el 05 diciembre 2013. URL: <http://alhim.revues.org/708>
- Flores, R. (2009). *Observando Observadores: Una introducción a las técnicas cualitativas de investigación social*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Primera Edición, 2009.
- Galicia G. (2005). La formación de la identidad y la orientación educativa en la perspectiva narrativa de Bruner. Remo: Volumen II, N° 4, Noviembre, 2004 -Febrero 2005.
- Garcés M., Milos P., Olguín M. y Pinto J. (2000). *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*. LOM Ediciones. Santiago. Febrero 2000.
- Hadj Handri, N. (2008). La identidad mutante. La construcción de la identidad en los hijos de inmigrantes. *Documentación social*, ISSN 0417-8106, N° 151, 2008.
- Herranz, J. y Basabe, N. (1999). Universidad del País Vasco UP/EHU. Identidad nacional, ideología política y memoria colectiva. *Psicología Política*, N° 18, 1999, 31-47.
Extraído el 20 enero 2014. URL: <http://www.uv.es/garzon/psicologia%20politica/N18-3.pdf>
- Íñiguez, L. (2001). *Identidad: De lo Personal a lo Social. Un Recorrido Conceptual*. En Eduardo Crespo, *La constitución social de la subjetividad*. (p. 209-225). Madrid: Catarata. 2001
- Krippendorff, K. (1980). *Metodología del análisis de contenido. Teoría y práctica*. Ed. Paidós, Barcelona, 1990.

- Larraín, J. (2001). "El concepto de identidad". Universidad de Chile. Cap. 1 El concepto de identidad (pp. 21-48). Ed. Lom, 2001. Santiago de Chile. Extraído el 30 junio 2014. URL: <http://histogeo.ulagos.cl/apuntes/FBHIS/FBHIS0004.pdf>
- Larraín, J. (2010) "Identidad chilena y el bicentenario". Estudios públicos, ISSN-e 0716-1115, N°. 120, 2010, págs. 5-30. Extraído el 30 junio 2014. URL: http://www.cepchile.cl/dms/archivo_4736_2870/rev120_jlarrain.pdf
- Norambuena, C. Exilio y Retorno. Chile 1973-1994. En M.Garcés, P. Milos, M. Olgún, J. Pinto, M. T. Rojas y M. Urrutia (comp). (2000). Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX. LOM Ediciones, Santiago, 2000.
- Olmos, M. (1990). La construcción cultural de la identidad: inmigrantes argentinos en España. *Universidad Complutense de Madrid*, 1990.
- Orellana, P. La represión política en Chile, 1973-1989, Documento de trabajo, Santiago, Vicaría de la Solidaridad, 1991.
- Páez, Darío, Nekane Basabe y José González. 1998. Memoria Colectiva y Traumas Políticos: Investigación transcultural de los procesos sociales de recuerdo de sucesos traumáticos. *Psicología Política*, N° 12, 1996, 47-69. Extraído el 20 enero 2014. URL: <http://www.uv.es/garzon/psicologia%20politica/N12-3.pdf>
- Pavéz, D. (2004). Marco Psicosocial del Exilio y los Efectos Psicológicos de la Represión. COLAT, *Universidad de Lovaina*, Bruselas, Bélgica.
- Rebolledo, L. (2004). "El Proceso de exilio y retorno de hombres y mujeres chilenos: del recuerdo a la memoria, 1973-2003". Universitat de Barcelona. Departament d'Antropologia Social.

- Rebolledo, L. (2005). "El impacto del exilio en la familia chilena". En: Familia y vida privada. ¿Transformaciones, tensiones, resistencias y nuevos sentidos? Teresa Valdés y Ximena Valdés (Comp.). CEPAL- FLACSO- CEDEM.
- Rebolledo, L. (2012). "Exilios y Retornos Chilenos". *Revista Anales*, Séptima Serie, N° 3, Julio 2012.
- Reszcynski, K; Rojas, P; Barceló, P. (1991). Tortura y Resistencia en Chile. Estudio Médico Político. *Editorial Emisión*, Santiago, Chile.
- Roniger, L. (2011) "Destierro y exilio en América Latina: Un campo de estudio transnacional e histórico en expansión", *Pacarina del Sur*, N° 9.
- Rottenbacher, J. y Espinosa, A. (2010). Pontificia Universidad Católica del Perú. Revista de Psicología Vol. 28 (1), 2010 (ISSN 0254-9247). Extraído el 20 de enero 2014. URL:<http://ezproxybib.pucp.edu.pe/index.php/psicologia/article/view/435/428>
- Ruiz Olabuénaga J. I., (2003). Metodología de la investigación cualitativa. Bilbao, Universidad de Deusto, 2012.
- Sandoval, E. (1993). Migración e identidad. Experiencias del exilio. *UAEM*, México.
- Taylor, S., Bogdan, R. (1987). Introducción a los métodos cualitativos en investigación. La búsqueda de los significados. Ed. Paidós, España, 1987.
- Temporetti, F. (2010). La psicología en construcción y una pedagogía también. *Revista digital psyberia*, año 2: número 3, junio 2010.
- Valles, M. 2003, Técnicas cualitativas de investigación social. Madrid. Editorial Síntesis S.A.